

PRÓLOGO

Volver a la teología de Henri de Lubac no tiene un interés meramente histórico sino que aporta al estudioso la oportunidad de «recargar» la razón creyente y así vivificar el proceso reflexivo sobre el misterio cristiano. No siempre ha sido valorada su teología de ese modo, y sabemos que durante un tiempo –antes del Vaticano II– los planteamientos lubacianos fueron considerados como arriesgados, para, después del Concilio, pasar, por el contrario, a ser juzgados como demasiado temerosos y tradicionales. Desde hace años, sin embargo, el pensamiento del teólogo de Cambrai es justamente apreciado por su equilibrio y riqueza, y a sus obras se acude habitualmente para comprender la verdadera renovación de la teología antes y después del Vaticano II.

Una preocupación constante de Henri de Lubac fue superar las rupturas, al parecer irreductibles, del mundo moderno. La más grave de estas rupturas y la más dolorosa desde el punto de vista teológico es la que se estableció entre el hombre moderno y Dios. La superación de esa ruptura radical fue una preocupación constante de De Lubac desde el principio de su trabajo teológico. Sus tres primeras obras tempranas, editadas en torno a los años de la Segunda Guerra Mundial –*Catholicisme* (1938), *Le drame de l'humanisme athée* (1944) y *Surnaturel* (1946)– son, cada una a su manera, intentos de responder al desafío que, para la fe cristiana, representaba la increencia contemporánea.

De Lubac estableció una relación entre la increencia del hombre moderno con un aspecto de la teología corriente a finales de los años 30 y en los 40, cuando publicó sus primeras obras. Se trataba de la

separación que mostraba la teología entre lo humano y lo divino, la naturaleza y la gracia, la acción humana y el don de Dios en la comprensión del misterio cristiano. Maurice Blondel, que tanto influyó en su joven amigo jesuita, había acuñado la expresión «extrinsecismo» para caracterizar a esta teología que no lograba integrar las dos dimensiones esenciales de la salvación cristiana. Y a ese problema quiso responder el teólogo francés mediante una búsqueda incesante de la justa mediación entre la acción de Dios y el mundo de los hombres. Y así, no es difícil apreciar que, en todas sus obras, aparece con toda claridad la voluntad de integración, de mostrar la unidad del misterio cristiano.

De Lubac se ocupó de muchos aspectos de la teología y de multitud de cuestiones, pero no de todas. Entre las lagunas generalmente reconocidas en la obra lubaciana suele señalarse de manera especial la cristología. Es cierto que no escribió ninguna obra mayor sobre el misterio de Cristo, y parece por tanto que una investigación sobre la cristología del teólogo de Cambrai solo puede aspirar a una proyección discreta. Más aún, la investigación sobre su aportación a la cristología podía considerarse agotada después de las tesis doctorales de Donath Hertsick, Étienne Guibert, y Noel O'Sullivan sobre diversos aspectos cristológicos en la teología del teólogo francés.

La obra de Andrzej Persidok parece, sin embargo, desmentir lo que se acaba de afirmar. El joven teólogo polaco se ha atrevido a volver a las obras de Henri de Lubac con el propósito de descubrir la figura de Cristo, no solo en los textos explícitos sino también en los presupuestos de toda la teología lubaciana. A pesar de que se ha llegado a hablar incluso de la falta de cristología en la obra de Henri de Lubac, Persidok plantea la necesidad de repensar una afirmación como esta ya que considera que, aunque no como cristología sistemática, la figura de Cristo tiene una presencia central en el pensamiento lubaciano. De hecho, solo se puede entender a fondo la capacidad de «unir sin confundir» que es una característica clave de su teología si se accede a su fundamento, que es el papel central que Cristo mediador tiene en la reflexión del autor de *El drama del humanismo ateo*.

La relativa escasez de textos explícitamente cristológicos en el conjunto de la obra de De Lubac es compatible con que en realidad su «sistema» teológico se mantenga por contar con Cristo como clave de todo el edificio. Persidok muestra que hay una omnipresencia de Cristo en toda su obra, tanto en las referencias parciales pero constantes a su ser y misión, como por estar situado en el mismo punto focal de sus desarrollos teológicos; así se aprecia, por ejemplo, en *Catholicisme*.

En esta obra, lo mismo que en otros lugares de los demás escritos lubacianos, no estamos ante una mera cristología «implícita», presente en el fondo pero nunca expresada. Incluso si este fuera el caso, tal «cristología implícita» ya sería un tema digno de ser estudiado, dado que lo implícito no se configura independientemente de lo explícito, sino que entre ellos hay una relación mutuamente transformadora. Pero, además, en el caso de De Lubac, Persidok cree que Cristo y la cristología es explícitamente objeto de consideración y de estudio. Su interés está más centrado en los aspectos soteriológicos, es decir, en el efecto que la presencia de Cristo tiene para el mundo creado que en las consideraciones acerca de su constitución personal. La conclusión es que parece perfectamente legítimo hablar de cristología en De Lubac y, con más seguridad aún, afirmar el papel central que Cristo ocupa en su planteamiento teológico.

La tesis que el autor de la obra a la que estas líneas sirven de introducción ha formulado consiste en afirmar que la clave para comprender la cosmovisión teológica del autor de *Catholicisme* es el principio de la mediación, y más en concreto, de Cristo mediador. Como ya se ha afirmado más arriba, el proyecto teológico de Henri de Lubac tiene como objetivo fundamental la búsqueda de la correcta articulación de la relación entre el hombre y Dios, lo cual permitirá desactivar una de las causas principales de la separación entre la fe cristiana y la cultura moderna. Esta articulación es pensada por De Lubac a partir de Cristo en su calidad de mediador. Esto quiere decir que todas las realizaciones de la unión entre lo divino y lo humano en sus varios aspectos –unión entre la naturaleza y la gracia, entre el tiempo y la eternidad, entre la multiplicidad y la unidad– son pensadas, con expresión de J. Milbank, «como anticipaciones de Cristo o entendidas como directamente atribuibles a su influencia».

Persidok estructura su investigación en dos partes fundamentales. La primera ofrece en dos capítulos una especie de mapa de la antropología teológica del autor de *Meditación sobre la Iglesia*. Analiza la paradoja tal como la plantea, con tanta originalidad, De Lubac, así como los conceptos básicos que ha formulado para explicar el misterio del hombre a la luz del Evangelio. La segunda parte es la más amplia (cuatro capítulos), y en ella el objeto de estudio es ya Cristo mediador en tres aspectos esenciales: en la divinización del hombre, en la historia de la salvación y en la recapitulación universal. El último capítulo ofrece una recapitulación final en la que se presenta la relación entre mediación y Mediador, para concluir en la primacía de Cristo mediador.

El resultado de la lectura de esta interesante monografía es comprobar que Henri de Lubac ha enriquecido la comprensión teológica de la relación de Dios con el hombre, que tiene su centro en Cristo mediador. Se ha situado, con ello, en la línea patristica (san Ireneo, san Agustín) continuada por los medievales (santo Tomás, san Buenaventura) y cultivada por teólogos contemporáneos, que entienden dinámicamente el cristocentrismo: Cristo no es solamente el centro en torno al que gira todo sino también el movimiento que de Dios trino llega al hombre, y de éste torna directamente a Dios.

Digamos finalmente que con esta obra, Andrzej Persidok realiza una notable aportación a la investigación teológica al mostrar la fecundidad del pensamiento de Henri de Lubac de cara a comprensión de la fe cristiana con fidelidad a Dios, a la Iglesia, al mundo y al hombre: a todos a la vez, sin incompatibilidades conceptuales y sin reduccionismos interesados. En Cristo mediador está la respuesta ofrecida por Dios y necesitada por nosotros para comprendernos mejor y para vivir con plenitud esperanzada.

César Izquierdo